

La estrella de madera

Marcel Schwob

Introducción y traducción de
Luis González Platón

sequitur

El Tren 081

Desde el bosquecillo en donde escribo, el gran terror de mi vida me parece lejano. Soy un anciano jubilado que deja reposar sus piernas en el césped de su casita; con frecuencia me pregunto si soy yo –el mismo yo– el que hizo el duro servicio de maquinista en la línea de P.-L.-M., –y me sorprende de no haber muerto en el acto la noche del 22 de septiembre de 1865.

Puedo decir que lo conocía, este trayecto de París a Marsella. Conduciría la máquina con los ojos cerrados por los descensos y las subidas, los cruces de vías, los empalmes y los cambios de agujas, las curvas y los puentes de hierro. De fogonero de tercera había llegado a maquinista de primera y el ascenso es muy importante. Si hubiera tenido más formación, sería subjefe de depósito. ¡Pero a qué precio! En las máquinas del tren uno se embrutece: se sufre por la noche y se duerme por el día. En nuestra época la movilización no

estaba regulada, como ahora; los equipos de maquinistas no estaban formados: no teníamos más que turnos regulares. ¿Cómo íbamos a estudiar? Y sobre todo yo: se necesitaba tener la cabeza muy firme para resistir la conmoción que tuve.

Mi hermano se había enrolado en la armada. Estaba en las máquinas de transporte. Había ingresado en el cuerpo antes de 1860, en la campaña de China. Al acabar la guerra, no sé cómo se había quedado en el país amarillo, en una ciudad llamada Cantón. Los Ojos-Rasgados lo habían contratado para que les condujera las máquinas de vapor. En una carta suya que yo había recibido, me decía que se había casado y que tenía una niña pequeña. Le quería mucho a mi hermano y me causaba dolor el no volverle a ver más; y nuestros viejos tampoco estaban nada contentos. Estaban muy solos en su humilde choza, en pleno campo, cerca de Dijon. Al faltarles sus dos hijos, dormían tristemente en el invierno, dando cabezadas junto al fuego.

Hacia el mes de mayo de 1865, empezó una inquietud en Marsella por lo que ocurría en Oriente. Los paquebotes que llegaban traían malas noticias del Mar Rojo. Decían que había brotes de cólera en la Meca. Los peregrinos morían a millares. Luego la enfermedad había llegado hasta Suez y Alejandría y había saltado hasta Constantinopla. Se tenía noticia de que era el cólera asiático: los barcos se quedaban en cuarentena en el lazareto; todo el mundo tenía un vago temor.

Yo no tenía gran responsabilidad en todo esto pero puedo decir que la idea de transportar la enfermedad me atormentaba mucho. Sin duda llegaría hasta Marsella y luego, en el rápido, llegaría hasta París. En aquellos tiempos, no teníamos botones de llamada para los viajeros. Ahora sé que se han instalado mecanismos muy ingeniosos. Hay un mecanismo que

acciona el freno automático y, al mismo tiempo, una placa blanca se lleva a través del vagón como una mano, para indicar dónde está el peligro. Pero entonces no existía nada de esto. Y yo sabía que, si un viajero estaba contagiado por esa peste asiática que te ahoga en media hora, moriría sin ayuda y que yo llevaría hasta París, a la estación de Lyon, su cadáver azul.

Comienza el mes de junio y el cólera está en Marsella. Decían que la gente moría como moscas. Se caían en la calle, en el puerto, en cualquier lugar. La enfermedad era terrible: dos o tres convulsiones, un hipo acompañado de sangre y todo había acabado. Desde el primer ataque, el enfermo se quedaba frío como un trozo de hielo; las caras de los muertos estaban amoratadas por unas manchas tan grandes como monedas de cien sueldos. Los viajeros salían de la sala de fumigaciones con una bruma de vapor hediondo alrededor de sus vestidos. Los agentes de la Compañía estaban alerta y a nuestro triste oficio se le añadía una preocupación más.

Julio, agosto, la mitad de septiembre se pasó; la ciudad estaba desolada pero recuperábamos la esperanza. Hasta ahora, nada en París. El 22 de septiembre, por la noche, cojo la locomotora del tren 180 con mi fogonero Graslepoix.

Los viajeros duermen de noche en sus vagones pero nuestra función es vigilar, con los ojos bien abiertos, a lo largo de la vía. Durante el día, para el sol, tenemos gruesas gafas de rejilla encajadas en nuestras gorras. Las llaman gafas mistralianas. Las lentes de cristal azul nos protegen del polvo. Por la noche, nos las ponemos sobre la frente y con nuestros pañuelos, las orejeras de nuestras gorras bajadas y nuestros gruesos chaquetones parecemos diablos montados sobre monstruos de ojos rojos. La luz del horno nos ilumina y nos calienta el vientre; el cierzo nos corta las mejillas, la lluvia

nos azota la cara. Y el traqueteo nos sacude las tripas hasta hacernos perder el aliento. Así, bien cubiertos, fijamos los ojos en la oscuridad buscando las señales rojas. Con toda seguridad que podéis encontrar muchos viejos de este oficio a los que el Rojo les ha vuelto locos. Todavía ahora, ese color me estremece y me oprime con una angustia inexplicable. A menudo, por la noche, me despierto sobresaltado con un deslumbramiento rojo en los ojos: lleno de terror, pongo mi vista en la oscuridad –me parece que todo se desmorona a mi alrededor– y de golpe la sangre se me acumula en la cabeza; luego pienso que estoy en mi cama y me escondo entre mis sábanas.

Aquella noche estábamos agotados por un calor húmedo. Llovizneaba con gotas tibias; el compañero Graslepoix metía en el horno su carbón con paladas regulares; la locomotora bailaba y se bamboleaba en las curvas pronunciadas. Íbamos a 65 por hora, buena velocidad. La noche estaba negra como un horno. Una vez pasada la estación de Nuits y en dirección a Dijon, era la una de la madrugada. Yo iba pensando en nuestros dos viejos que debían estar durmiendo tranquilamente cuando, de pronto, oigo pitar una máquina en la doble vía. No esperábamos entre Nuits y Dijon, a esta hora, ni un tren que subiera ni un tren que bajara.

– ¿Qué es eso, Graslepoix? –le digo al fogonero. No podemos cambiar el vapor.

– No hay problema –dijo Graslepoix. Estamos en doble vía. Se puede bajar la presión.

Si hubiéramos tenido, como ahora, un freno de aire comprimido..., cuando de pronto, con un súbito impulso, el tren de la doble vía dio alcance al nuestro y siguió su marcha en paralelo a nosotros. Los pelos se me ponen de punta cuando pienso en ello.

Estaba todo envuelto por una niebla rojiza. Los metales de la locomotora brillaban. El vapor salía en silencio a la máxima presión. Dos hombres negros entre la bruma se agitaban en la plataforma. Estaban frente a nosotros y respondían a nuestros gestos. Teníamos en una pizarra el número del tren, marcado con tiza: 180. Frente a nosotros, en el mismo lugar, se podía ver una gran pizarra blanca con los números en negro: 081. La fila de vagones se perdía en la noche y los vidrios de las cuatro puertas estaban oscuros.

¡Vaya una historia! —dijo Graslepoix. Jamás lo hubiera creído... Espera, vas a ver.

Se agachó, cogió una palada de carbón y la arrojó al fuego. Ante nosotros, uno de los hombres negros se agachó también y metió su pala en el horno. En la bruma roja pude ver cómo se destacaba la sombra de Graslepoix.

Entonces una luz extraña se encendió en mi cabeza y mis ideas desaparecieron para dejar lugar a una extraordinaria visión. Levanté mi brazo derecho y el otro hombre negro levantó el suyo; le hice una señal con la cabeza y me respondió. Luego, rápidamente, vi que se dirigía al escalón y *supe* que yo estaba haciendo lo mismo. Recorrimos el tren en marcha y ante nosotros la puerta del vagón A.A.F. 2551 se abrió sola. El espectáculo que había ante mí me impresionó, pese a que *sentía* que esa misma escena se estaba produciendo en *mi* tren. En aquel vagón había un hombre tumbado, la cara recubierta por una tela blanca; una mujer y una niña, envueltas en telas de seda bordadas con flores amarillas y rojas, yacían inmóviles en los almohadones. Me *vi* cómo me dirigía a aquel hombre y le destapaba. Tenía el pecho desnudo. Unas placas azuladas manchaban su piel; sus dedos, crispados, estaban arrugados y sus uñas lívidas; sus ojos estaban rodeados por círculos azules. Todo aquello lo vi con un solo vista-

zo y reconocí también que tenía ante mí a *mi hermano que había muerto de cólera*.

Cuando recobré el conocimiento, estaba en la estación de Dijon. Graslepoix me ponía un paño en la frente –y muchas veces que me dicho lleno de seguridad que en ningún momento abandoné la máquina– pero yo sé que no es así. Entonces grité: "Corred al A.A.F. 2551" y me dirigí hacia aquel vagón, y vi a mi hermano muerto como lo había visto antes. Los empleados huyeron llenos de terror. En la estación no se oían otras palabras que "¡el cólera azul!"

Entonces Graslepoix se llevó consigo a la mujer y a la niña que no estaban más que desmayadas por el miedo y, como nadie se quería hacer cargo de ellas, las acostó en la locomotora, en el suave polvo del carbón, con sus ropas de seda bordada.

Al día siguiente, 23 de septiembre, el cólera se extendió por París, tras la llegada del rápido de Marsella.

La mujer de mi hermano es china. Tiene los ojos rasgados en forma de almendra y su piel es amarilla. Me ha costado quererla: es tan extraña una persona de otra raza. Pero la pequeña se parecía tanto a mi hermano... Ahora que soy viejo y que los traqueteos de las máquinas me han hecho enfermar, viven conmigo y vivimos en paz, salvo cuando nos acordamos de aquella terrible noche del 22 de septiembre de 1865, en la que el cólera azul vino de Marsella a París en el tren 081.